

POR UNA PASTORAL DE SOLIDARIDAD HUMANA

André Fossion

Más allá de la pertenencia religiosa

La existencia de comunidades religiosas vivientes es, evidentemente, una condición *sine qua non* del reconocimiento del Dios del Evangelio. De ahí se desprende la imperiosa necesidad de revitalizar el tejido de la comunidad cristiana. Esta revitalización del tejido comunitario puede ser realizada de acuerdo a diversas orientaciones y acentuaciones, con todo y sus obstáculos, insuficiencias y posibles ilusiones.

Cuatro diferentes escenarios-tipo nos parecen posibles, de los cuales los tres primeros, aún y cuando contienen los aspectos necesarios, parecen sin embargo ser insuficientes para establecer las condiciones culturalmente favorables a la comunicación de la fe al día de hoy.

La comunidad autocentrada

El primer escenario evoca el esfuerzo de revitalización de la comunidad cristiana que la lleva, paradójicamente, a encerrarse todavía más en ella misma. El esfuerzo de revitalización comunitario comporta, en efecto, el

riesgo de una pastoral "eclesio-centrada" y en la que todas las energías se abocan, en definitiva, a la consagración del servicio interno -prioritariamente sacramental- de las comunidades existentes. La actividad pastoral puede también dejarse llevar, de alguna manera, a ser absorbida, ya sea por falta de tiempo, por hábito, por falta de fuerzas vivas, por las múltiples solicitudes de mantenimiento de las comunidades existentes y aún, ¿o sobretodo?, cuando sus miembros son cada vez menos numerosos. Así a veces pueden verse comunidades cristianas que parecen muy activas "*ad intra*" pero que en realidad, están en proceso de -envejecimiento y acomodándose finalmente a una especie de indiferencia con respecto a todos aquellos que no comparten su propia fe. En alguna medida, estas comunidades aceptan el hecho de su marginalización creciente a pesar del hecho de permanecer en actividad.

La comunidad que se quiere acogedora

El segundo escenario, por el contrario, se preocupa del exterior y se esfuerza en abrir la comunidad cristiana a su entorno próximo. Así organiza unos servicios de acogida tanto en el plano sacramental como en el caritativo que se vuelven abiertos y bien dispuestos hacia toda demanda o solicitud de ayuda o servicio. Se organizan, en los espacios propios a la comunidad, actividades diversas y no exclusivamente sacramentales (conferencias, catequesis, grupos bíblicos, sesiones, reuniones festivas, etc.) las cuales están abiertas, en principio, a todos y sin exclusividad. La lógica consustancial a esta pastoral es que cualquiera puede "venir y ver". El problema es que estas comunidades acogedoras corren el riesgo de no acoger más que a las personas acostumbradas a frecuentarlas y finalmente, a girar alrededor de ellas mismas. ¿Acaso es seguro que los beneficiarios potenciales de tal acogida, experimentan un positivo atractivo hacia ellas?; y la voluntad de acogida, por el contrario, ¿no sería percibida como sutilmente teñida de superioridad y paternalismo, es decir, del sentimiento de aportar a los demás lo que, en definitiva, no poseen?... Pero entonces, esta "voluntad de acogida" es,

paradójicamente, la misma que disuade a muchos para franquear el umbral de la comunidad; ¿no tendría entonces que invertirse la lógica? y en lugar de realmente buscar acoger a los demás, ¿no sería mejor buscar a ser acogido donde ellos? o sea, buscar a fondo la capacidad de acogida del otro y buscar de recibir al igual que dar.

La comunidad de conquista

El tercer escenario trata de la comunidad cristiana que, para escapar a los límites de la pastoral de acogida, sale decididamente de sus propios reductos y trata de crear o invertir tanto como sea posible en las instituciones, lugares de información, de influencia y decisión en la sociedad, con el fin de imponer una marca específica cristiana. Este modo de organización está muy a menudo animado por una mentalidad de "resistencia" de cara a la sociedad secularizada y por un espíritu de reconquista del terreno perdido. Más allá del peligro del "elitismo", el riesgo de semejante perspectiva es el de hacer percibir a la fe, no como una Buena Nueva para todos sino como una ideología particular y propiedad de un grupo en combate con otras ideologías y otros grupos de acuerdo a una lógica de poder. Esta perspectiva pastoral puede reunir un número importante de personas deseosas de reforzar, a través de la acción, la identidad cristiana y el impacto de la Iglesia en el campo social. Pero esto puede llevar a una ilusión, desde el punto de vista de la comunicación efectiva de la fe en la sociedad, puesto que la perspectiva implicada, a causa de su espíritu combativo, no favorece la comunicación y por el contrario, corre el riesgo de consolidar las diferencias ya existentes o incluso, de exacerbar las oposiciones. ¡Ganar posiciones no significa necesariamente ganar corazones!.

Los dos últimos escenarios no pueden, aunque quieran, escapar al eclesio-centrismo; en el primero, al través de la política de acogida, se espera que los demás se acerquen e integren en la comunidad. En el segundo, es la comunidad que parte en conquista. Ni en uno ni

en otro se espera algo del exterior puesto que parten siempre de una idea negativa del mundo y que es proclive a poner de relieve sus carencias. No existe pues, una verdadera comunicación con aquellos del exterior; en tal sentido, las condiciones de comunicación hacia ellos no están satisfechas.

La comunidad en solidaridad

Este cuarto escenario pretende seguir el principio fundamental siguiente: no existe mejor caldo de cultivo para la comunicación de la fe que la práctica de la caridad y que, "el testimonio de una vida conforme al mensaje de caridad de Cristo y de una fe viva y adulta que irradie en las obras de justicia y caridad". En otros términos, la condición previa a toda evangelización está en el ejercicio de la dimensión diaconal de la comunidad cristiana, es decir, la pasión por la solidaridad y la amistad humanas, amadas gratuitamente por ellas mismas y sin otro fin que el ejercicio mismo de la caridad compartida. Concretamente esto implica que, en nombre del evangelio, los cristianos busquen sistemáticamente la creación y la reunión de los lugares, instituciones o asociaciones donde puedan ser vividas, de manera autónoma, aquellas solidaridades auténticas y amistades humanas como un bien en sí e independientemente de la pertenencia religiosa. Sin esta solidaridad buscada por ella misma, sin el verdadero y asiduo compromiso hacia las justas causas humanas y contra todo lo que representa lo intolerable, no existe ninguna palabra de fe que sea creíble. La misión histórica de la Iglesia al día de hoy, ¿no sería la de testimoniar esta fraternidad universal, y en el nombre de su fe ponerla resueltamente en práctica por medio de compromisos por causas comunes y en solidaridad con todos los hombres de buena voluntad?. Estas solidaridades pueden ser inscritas en las relaciones de la simple vecindad o proximidad o en el tejido asociativo. Ellas pueden también extenderse a las actividades culturales de la educación, la reflexión, de la búsqueda y expresión artística. Ellas pueden tomar forma sobretodo en actividades de toma de conciencia y de acción por mejorar la calidad de la vida, por la justicia y los derechos del hombre. Lo esencial es que, bajo

todas esas formas, pueda ser vivida y sin hacer distinción de cualquier pertenencia religiosa, realizar un poco de esta pasión al servicio de la humanidad sin la cual no existe ningún testimonio creíble de la fe.

Es, en efecto, en estos ámbitos de amistad y solidaridad voluntarios y queridos en ellos mismos, donde las pertenencias religiosas pueden permanecer vagas, no obligatorias o indecisas y que los unos y los otros, en el mismo plano de igualdad podrán a su vez, dar y recibir, intercambiar y desplazarse, libremente al nivel de las convicciones que los animan. Para los cristianos, estos lugares podrían servir de ocasión de una puesta a prueba y por tanto, de una puesta en práctica de su lenguaje de creyentes, de su coherencia y de su pertinencia para un mundo pluralista y secularizado. Y para los otros, estos terrenos de amistad y solidaridad humanos con los cristianos podrán también ser la ocasión de una transformación de sus representaciones religiosas, de una re-interrogación del mensaje cristiano y eventualmente, de un reinicio de la fe.

Al invertir prioritariamente su energía, su capacidad de investigación e inventiva en esta vía no se trata, para la Iglesia, de redorar artificialmente su imagen ni de rehusar su papel crítico de cara al mundo, sino esencialmente, de ser más fundamentalmente fiel al Evangelio, de "encontrar una acogida favorable al seno del pueblo en su totalidad" (He 2,47). La promoción de dicha solidaridad humana, en el seno mismo de la sociedad secularizada, e independientemente de las pertenencias religiosas tampoco es todavía, ciertamente, la comunicación de la fe; pero ésta no puede tomar su impulso sin la presencia de aquella. No existe pues, otro caldo de cultivo para la evangelización que la práctica de la solidaridad, tal es el meollo del cuarto escenario.

(De la revista **PRO MUNDI VITA, BELGICA**, Nº 14, Abril 1990. Extracto del artículo "El fondo del problema: La comunicación de la fe en una sociedad secularizada".

"Muchos han creído que defender la propiedad privada es defender el cristianismo. Los Padres de la Iglesia enseñan lo contrario: que la propiedad privada vino al mundo como fruto del egoísmo.

Debemos ver pues al socialismo como un sistema que se acerca más al ideal evangélico. Mientras el capitalismo es incompatible con el cristianismo porque se basa en el egoísmo, la competencia implacable, y la explotación del hombre por el hombre.

En cuanto al marxismo, se puede ser cristiano y marxista; y de hecho ahora en América Latina hay muchísimos cristianos marxistas. Marx fue ateo, se supone; pero eso no quiere decir que todo marxista tenga que ser necesariamente ateo. Aristóteles era un filósofo pagano, y Santo Tomás de Aquino desarrolló una filosofía aristotélica que no era pagana sino cristiana.

En cuanto al ateísmo, podemos decir además: hay quienes creen en Cristo pero no practican el cristianismo, y hay quienes no creen en Cristo, pero lo practican. Y el conocimiento de Dios, según la Biblia, no es asunto de creer o no creer en Dios. San Juan dice: "El que ama a su prójimo conoce a Dios, y el que no ama a su prójimo no conoce a Dios".

Mucho se habla del "materialismo" marxista, pero esto no es más que una filosofía realista que se opone al "idealismo" (otra filosofía que nada tiene que ver con el cristianismo); y este "materialismo" no se opone al espiritualismo. En cambio el materialismo capitalista sí se opone al cristianismo pues consiste en convertirlo todo en mercancía, aún el trabajo humano.

Marx dijo que la religión era "opio del pueblo" pero más fuertes críticas a la religión hicieron los profetas de la Biblia, cuando se practicaba la religión manteniendo la opresión del pobre.

Se dice que predicar la "lucha de clases" no es cristiano. Pero no es que se predique la lucha de clases; simplemente se reconoce un hecho: que la sociedad está dividida en clases, de intereses opuestos. La Biblia reconoce este hecho, cuando dice en el Libro de la Sabiduría: "¿Acaso puede haber paz entre la hiena y el perro? ¿Puede haber paz entre el rico y el pobre?" Y si la sociedad está dividida entre explotadores y explotados, naturalmente que nosotros debemos tomar partido. Ya lo hizo María en el Magnificat, aquel bello cántico de la lucha de clases, en que dice que los poderosos serán derribados de sus tronos, y exaltados los humildes; que los pobres serán llenados de bienes, y los ricos despedidos con las manos vacías. María dijo esas palabras estando encinta de su hijo Jesús.

ERNESTO CARDENAL, *Capitalismo y Socialismo para principiantes, Introducción.*